

HOMENAJE A EZEQUIEL URICOECHEA

Gracias a los esfuerzos incansables y desinteresados de don Rafael Guevara Bazán, adelanta sus labores en la capital del Perú el Instituto Peruano de Altos Estudios Islámicos. El pasado 27 de julio, octogésimo primer aniversario de la muerte del arabista colombiano Ezequiel Uricoechea, el citado Instituto rindió homenaje en un acto público a nuestro ilustre lingüista. Fue colocado su retrato en la galería iconográfica y el Director Guevara Bazán pronunció un breve discurso para presentar ante la intelectualidad limeña su figura y honrar en ella a Colombia. Dijo el doctor Guevara Bazán:

Señoras y señores:

De graves defectos adolecemos los hispanoamericanos. Entre todos, quizá el más doloroso y el que acarrea mayores males a nuestra cultura nativa es la facilidad con que hundimos en el olvido a algunos hombres cuyas vidas transcurrieron, ora en la callada soledad de las bibliotecas, ora en el silencio de la labor científica.

De uno de estos hombres, de un bogotano ilustre hasta ahora desconocido en el Perú, vengo a hablaros esta noche para rendir en su persona y en su obra homenaje a la República hermana de Colombia, heredera, como la nuestra, de la más pura tradición humanista hispana. Os pido, pues, vuestra benévola atención porque vais a escuchar, en mal trazado esbozo, algunos de los hechos que conforman la vida científica de don Ezequiel Uricoechea, varón manso de ánimo, de ingente modestia, de sencillez y candor casi de niño, amigo de ocultar su gloria y de ocultarse; digno en fin, de figurar en los altares de la cultura americana, al lado de los ingenios más preclaros.

No repetiré, para no cansaros, los pormenores por desgracia escasos, que tenemos sobre su actividad de arabista, enlazada, además, indirectamente con la de don Rufino Cuervo, prez también de las letras hispanoamericanas. No os mostraré a este benemérito hijo de la Atenas del Sur ocupando con brillo singular una cátedra de árabe allá en la Europa donde imperaba como señora la ciencia, incomparable para su tiempo, de un Dozy o la profunda penetración lingüística de un Fleischer.

Nada de esto voy a intentar, por una razón muy simple. Y es que las flacas noticias que hemos podido allegar sobre Uricoechea arabista no permitirían, en puridad de verdad, una justa valoración de su obra científica.

Llegado a este punto debo cumplir con un deber elemental de gratitud hacia el Profesor José Manuel Rivas Sacconi, Director del Instituto Caro y Cuervo de Bogotá, cuya magnanimidad ha hecho posible que nosotros conociéramos, en copias micro-filmicas o en correctas copias mecanográficas, valiosas piezas documentales sobre la labor de Uricoechea en los estudios árabes.

No pretenden, pues, estas palabras ser un estudio exhaustivo de la obra de Uricoechea considerado como arabista.

Mi propósito es harto más modesto: deseo mostraros a Uricoechea como símbolo vigoroso de la cultura hispanoamericana.

Para ello será conveniente, primero, tener en cuenta que durante mucho tiempo la atención del público inteligente y, sobre todo, de las pocas personas

que han leído siempre buenos libros en América, se había venido fijando exclusivamente en la historia de nuestros propios países. Esto recortaba, naturalmente, la amplitud de nuestro pensamiento. Quiero decir que, entregados nosotros, hombres de Hispano América, a la miope tarea de conocer solamente nuestra propia figura, nos habíamos olvidado de otras Sociedades a las cuales veíamos con desdén más o menos encubierto. En suma no comprendíamos (salvo excepciones que confirman lo dicho) que nunca sería posible entender cabalmente nuestra historia americana sin referirla al proceso total de la historia universal.

Esta profunda consideración y el hecho de que desde los primeros años de su aprovechada existencia gustara de seguir rumbos muy distintos de los que, por desgracia, habían venido privando (y aún privan) generalmente en las juventudes americanas, dirigiendo su actividad no a la conquista de fáciles lauros sino al conocimiento directo y formal de las fuentes del saber conforme a métodos exactos y rigurosos; esta consideración, digo, movió, quizá, a Uricoechea a ingresar al campo de alguna disciplina desconocida en las nacientes repúblicas sud-americanas. Y como su inclinación lo llevase desde el principio a los estudios orientales, y específicamente a las investigaciones de los problemas de gramática árabe, comenzó por hacer familiar suya esta hermosa y difícil lengua, tan peregrina, entonces como ahora, en la historia de nuestra cultura hispanoamericana.

Hay que señalar 1876 como el verdadero inicio de su breve pero fulgente carrera de arabista. En noviembre de ese año, Uricoechea comienza, sin maestros, aunque imponiéndose el más riguroso método, sus estudios de lengua árabe. Su entusiasmo es grande. Se entrega a intensísimas horas de trabajo, con afiebrada inquietud. Así, caso asombroso, al cabo de dos años tiene dominio casi absoluto de los elegantes signos en que están escritas las páginas del Corán, a tal punto que, en 1878, le permiten presentarse, compitiendo con distinguidos orientalistas, en el concurso convocado para ocupar una cátedra de árabe en la vieja y severa Universidad de Bruselas. La ciencia de este joven bogotano nacido en 1834 a todos admira. Y cuando el triunfo corona sus afanes y desvelos y llega a ocupar la cátedra tan disputada, Uricoechea inicia su corta y luminosa labor docente en 24 de octubre de 1878 rodeado de generales simpatías que habrían de granjearle pronto la amistad del inmortal Dozy.

Pero Uricoechea es espíritu que tiene ansias de perfección. No contento con el señalado honor que había logrado, considera que aún debe ampliar sus estudios. Sabe que sólo su vigoroso talento analítico suple, en parte, las deficiencias de su formación auto-didacta. Sabe, además, que para la culminación de sus proyectos necesita poseer el árabe vulgar y que para no esfumarse y desvanecerse entre las gigantes figuras del orientalismo europeo de su época, es necesario no dar tregua al cuerpo ni a la mente.

En 1880 Uricoechea publica una excelente edición de la *Gramática árabe* de Caspari traducida del original alemán y en parte corregida y aumentada.

Hay que detenernos un momento a examinar el valor de esta traducción, que nos permite conocer la justa dimensión de los conocimientos científicos y de la severidad de Uricoechea en sus labores docentes.

Uricoechea había realizado estudios académicos en Alemania. En Göttingen siguió estudios de medicina. Estaba, pues, familiarizado con el rigor de la docencia germana.

Queriendo imponer, por tanto, esta misma línea de severidad en su cátedra, juzgó que ningún texto era más apropiado para uso de sus alumnos que la famosa *Gramática árabe* de Caspari.

La reputación de esta obra, como texto universitario, se había extendido a toda Europa. Tal fama era, sin duda, justa. A su claridad casi francesa, el libro unía otras virtudes: rigor, extensión, etc. Caspari era el texto que no desdeñaba ni aun el propio Dozy.

Uricoechea emprendió la tarea, nada fácil, de hacer accesible este texto a sus alumnos de habla francesa. Esto, lógicamente, suponía un riesgo. Pero Uricoechea no es hombre que retroceda ante ninguna dificultad. Más aún: no se contenta con traducir simplemente al magistral Caspari. Se permite realizar pequeñas pero substanciales enmiendas. Así en 1880 las prensas de París y Bruselas dan a luz esta traducción impecable de un libro consagrado. La edición es recibida con general beneplácito, especialmente en Francia. Y los elogios al joven y sabio arabista se multiplican en los medios académicos.

Es la justa recompensa a una fatigosa y ardua labor que Uricoechea refiere a su amigo Cuervo con las siguientes palabras:

"Sí, Rufino, estoy cansado de tanto trabajar y los ojos me duelen más que de costumbre. No es que me disguste o fatigue el trabajar, pero eso de estar atareado, porque es tarea, no se puede soportar. La primera mitad del tomo (de Caspari) tenía que darla antes de abrir la clase, en época fija, en octubre, que se prolongó hasta el 1º de noviembre; la segunda mitad tengo que acabarla antes de mediados de mayo, forzosamente, pues el 5 de julio, *Deo volente*, tengo que emprender viaje a Siria...".

Y en otra carta al mismo Cuervo, Uricoechea le refiere cómo esta traducción del texto de Caspari le ha llevado hasta dieciséis horas diarias de trabajo. He aquí, pues, un hombre entregado en cuerpo y alma al quehacer científico.

Las nobles ambiciones de Uricoechea no tienen límites. Nada ni nadie ha de detenerlo en sus vastos planes.

Sueña desde hace mucho tiempo con realizar un largo viaje por el mundo del Islam. La empresa es ciertamente penosa. Pero nuevamente el férreo carácter de este joven bogotano sale a relucir.

Salvando mil dificultades Uricoechea emprende el viaje soñado. Llega al mundo siempre misterioso del Islam.

Con sentido de fatalismo islámico bien pudiera decirse que el destino de Uricoechea estaba escrito. Al llegar a Damasco, el joven bogotano cae gravemente enfermo. Noches de delirio, consumido por la fiebre y por el calor natural de la región, hicieron desfilar, quizá, por su mente los mil ambiciosos proyectos que llevaba: hombre de ardientes afectos y pródiga fantasía, amaba la lengua árabe por sobre todas las cosas del mundo. El paisaje del desierto inflamaba su mente y coloreaba su lenguaje.

A fin de aliviar los postreros días del sabio ilustre, se juzga conveniente transportarlo a Beirut en busca de mejor clima. El 28 de julio de 1880, a las 10 y $\frac{1}{4}$ de la mañana, en el Hospital Johamiter de la ciudad de San Jorge y el Dragón, Uricoechea entrega su último suspiro a Aquel que las suras coránicas, tan admiradas por él, llaman El Clemente, El Misericordioso.

La enseñanza clara, perspicua y filosófica; la sencillez y evidencia inmediata de sus doctrinas gramaticales; la elegancia con que simplificó muchos de los hasta entonces hórridos capítulos de la enseñanza del árabe literal, la límpida traducción y perfección del texto de Caspari, constituyen las piedras principales sobre las que se levanta el monumento de la gloria de aquel que es, sin disputa, Príncipe del orientalismo hispanoamericano y uno de los más preciados ornamentos de las letras de este continente.